



ELLA.—¡Qué caro está el jabón!  
 EL.—Menos mal que yo te pago los polvos.

20 cts.

Redacción y Administración:  
Unión Ferroviaria, núm. 3 VALENCIA  
Teléfono 11102 Talleres "LA GUTENBERG"



AÑO I NÚM. 2

Suscripción	trimestre...	2'50 ptas.
"	semestre...	5 "
"	año...	9 "
Extranjero,	año...	15 "

DESDE BARCELONA

INFORMACIONES MORROCOTUDAS

# ¡HAN ROBADO UNA MONJA!

Cuando nos lo dijo el providencial amigo que inspira nuestros reportajes, sentimos la carne de gallina. ¡Robar una monja en Barcelona y con el calor que hace! No nos lo acabábamos de creer, pero nuestro amigo insistía con acento dramático:

—Sí; la han robado, después de forzarla a todas las deshonestidades y de infringirle los mayores ultrajes.

—Ahora lo comprendo menos—hube de declarar—. ¿Para qué pueden haber querido robarla luego de... todo eso? Me lo explicaría si fuese al contrario; es decir, si la hubieran robado para hacerle todo eso; pero, ¿una vez forzada y ultrajada, ¿qué interés tiene el robo? Además, no es tan fácil esconder una monja como un reloj de pulsera. Las monjas suelen estar rollizas...

—¡Silencio! Esas consideraciones no son propias de un reportero. El buen reportero no tiene que reflexionar el porqué de los sucesos. Ocurrido el hecho, debe lanzarse en busca de detalles para satisfacer la curiosidad pública. Nada más. Yo, como experto podenco, he levantado la pieza. Usted, como ligero galgo, debe correr detrás del conejo.

Confieso que me azoró un poco el haber de correr detrás de un conejo; pero me pareció lo más indicado y más prudente, habiendo oído que mi amigo ya había levantado la pieza. El asunto se presentaba difícil, por los inconvenientes que las autoridades pondrían a mi información. No estamos en época que pueda hablarse todavía con libertad de cosas en que intervengan monjas o frailes. ¿A quién acudir en pos de detalles complementarios? El lector comprenderá que hube de sentirme perplejo cuando me vi solo en la plaza de Cataluña—bueno, solo entre unos mil doscientos transeuntes—



y con mi block de notas en la mano.

Lo primero que hice fué detener un taxi y darle la dirección de un convento de monjas. Franciscanas, Carmelitas, Teresianas, Maristas, Reparadoras, del Sagrado Corazón, de la Biblia, del Rosario, de la Cinta, de la Medalla, del Escapulario... ¿qué sé yo? Creo que estuve en cuantos existen en la ciudad. Y en todos el mismo diálogo breve y el mismo resultado:

—¿No ha ocurrido nada a una monja de esta Comunidad?

—Nada.

—¿No han robado a ninguna?

—¡Oh, no! ¡Ya pasó aquel tiempo! Desde que hay República, nadie se acuerda de éstas desgraciadas pecadoras.

—¿Ningún atropello... ningún ultraje... ninguna viol... viol... viol...  
—¡caramba, qué difícil era de decirlo a una monjita tornera!—violonada?

—No, no...

—¿Ni siquiera un ateo buscando una tea para... encenderla?

—No comprendo...

—Quiero decir un impío... armado...

—Ni pío ni impío.

Y en todos los conventos lo mismo. ¡Ni pío!

Se había hecho de noche. Iba a dar por fracasada mi información cuando me marché a cenar, y, cuando, oí a los que estaban en la mesa de al lado unas palabras que me pusieron sobre la pista verdadera.

Creo que fué el "Argentino". ¡Pobre monja! Allí la tienes llorando a lágrima viva en casa de Madama Tal.

De tan rápidamente que salí del restorán, me parece que se me olvidó pagar la cena. Bueno; ustedes ya saben que estos olvidos los padecemos con frecuencia. No es manía;

—Menuda juerga me voy a correr esta noche con ese...

es prisa. El éxito de una información se debe a la rapidez que se aplica desde que se concibe—la información—hasta que se da a luz.

En pocos saltos me planté en casa de Madame Tal. Un poco me extrañaba que la robada hubiera sido llevada a tan conocido burdel, pero esta extrañeza no fué nada ante el asombro que me produjo la respuesta de la portera. Figúrate que yo, dándole un duro discretamente, le pregunté en voz muy baja:

—¿Es verdad que hay aquí una monja?

Y la portera, a grito pelado, me respondió:

—Pasa, moreno, y la verás en seguida. ¡Monja! ¡Sube al número 16, que te espera un pollo!

No podía creer que tan rápidamente hubiera hecho el cambio una "sor", pero subí al cuarto indicado, y allí me vi de manos a boca con una malagueña afrancesada, sin más vestuario que una camisa rosa, maquillada con negligencia, la cual me pasó familiarmente un brazo por el cuello y me llevó a un sofá para entablar el diálogo aclarador del misterio.

—¿Por qué te llaman "monja"?

—Porque lo he sido.

—¿Eres tú la que robaron anoche?

—Cabal.

—¿En auto? ¿En sai-car? ¿En camión?

—Aquí mismo, hijito. Un mal ángel que me las pagará un día u otro!

—No te entiendo.

—Pues está bien claro. Vino un tío, como tú, y perdona la comparación. Subimos a este cuarto; hicimos lo que quiso, y al final me dió una patada en la tripa que me dejó un rato sin sentido. Cuando volví del desmayo, vi que el granuja se había marchado sin pagarme y con la caja de jabón donde guardaba las propinas del día.

—¡Aaah! ¿Entonces no han robado una monja, sino a una "monja", y a una monja que sólo es monja de apodo. Esto es algo diferente de lo que creíamos. Sólo me falta que me digas algo sobre tu vida en el convento... ¿Es cierto que has estado en algún convento?

—En el de Arrepentidas. Cuando me escapé de casa con mi novio, un soldado de cuota, mi padre me atrapó y me metió en el convento de Arrepentidas. Pero como yo no estaba arrepentida, pues... al día siguiente volé por una ventana y... ¿Qué más? ¿Vamos a hacer algo u no?

—Tú puedes hacer lo que quieras; yo voy a escribir mi información. Dime antes qué color prefieres y si te gustaría ser "asa" del cine.

—No me tomes las guedejas, que todavía no soy diputado a Cortes; pero el color... el verde, ¡claro!

—¿Verde claro?

—Verde, porque es el color de la Libertad, el de la esperanza y el de la...

—Hierba. Ya lo sé. También a mí me gusta por eso. ¿Y de política, qué ideas tienes?

—¡Ay, hijo; eso preguntáselo a la Charito, que está pirrada por Gasol! ¡Como que le llamamos "la Gassolina"! ¿Quieres que te la mande?

—Espera que antes me comore un auto... ¡Ay! ¿Qué haces? ¡No, no! ¡Yo no he venido a eso! ¡Me da vergüenza!

Me daba vergüenza, sí; pero claudiqué. La "Monja" había agarrado mi estilográfica y le sacó toda la tinta que tenía. Por eso me veo obligado a escribir esta información con lápiz, exponiéndome a que salga confusa. Si a los lectores no les gusta, conste que es por culpa del lápiz. No puedo tenerme en pie. ¡Son terribles, a veces, los sacrificios que ha de hacer un buen reportero!

J. DE V.



—Si no viniera Pepe, ¡qué alegría para Juan!



# PENDONES HISTÓRICOS



## EVA

¡Qué mentira más grande eso de la manzana y de la serpiente! Habrá tontos que se lo crean, pero yo no soy de esos.

Varona o Eva, como la llamaban sus íntimos, tiene una historia muy distinta de la que nos cuentan en el colegio.

En una de mis últimas excursiones al Asia interior, adonde suelo ir con frecuencia a comprar ericarianas, que, una vez poseídas por mí, arrojé al Eufrates, encontré en las inmediaciones del Paraíso Terrenal un bolso de señora. En su interior había el retrato, que tengo el gusto de reproducir, con su dedicatoria en hebreo, una barrita para los labios, de gran tamaño, y unas Memorias, en hebreo también, que, gracias a mis buenos conocimientos de esta lengua, he podido traducir. Dicen así:

“Estoy aquí sola y sin ropa. ¿De dónde he venido? ¿Quién me ha traído a este sitio? No lo sé. Mi protector no quiere ni explicármelo ni comprarme una bata, que tanta falta me está haciendo. Corro por el campo, me baño en los ríos, tomo el sol, como frutas y duermo sobre mullidos montones de hojas secas. He visto muchas veces mi imagen en las aguas cristalinas y creo que estoy riquísima. Mi pelo negro y ondulado me llega casi hasta los pies. Tengo ojos negros y dormilones; mi piel está dorada por el sol; en el pecho tengo dos cosas redondas como manzanas, con piquitos rojos como los de las palomas. Cuando salto y corro me gusta verlas temblar

como los frutos de los árboles agitados por el viento. Soy feliz; pero, a veces, siento como una gran languidez. En los días calurosos, cuando me tiendo blandamente a la sombra de los grandes árboles, escuchando el murmullo de los arroyos, noto..., no sé cómo explicarlo. Algo así como si me faltara algo. ¡Eso es; a mí me falta algo! Le he preguntado

enfermedad, voy a saber lo que es bueno...”

“He visto una cosa extraña a orillas del lago. Un hipopótamo se ha arrojado de pronto sobre una hipopátama, dando rugidos como si la fuera a devorar..., pero no la ha devorado. He visto algo raro en su actitud. Aquí hay algún misterio, que tengo que descifrar...”

“He relatado la escena a mi protector y se ha enfadado mucho. Luego ha empezado a besarme por todo el cuerpo, en la boca, en el cuello, en las manzanas que tengo en el pecho, luego en el vientre. ¡Qué sensación más extraña la del roce de sus barbas! De pronto he notado un estremecimiento, luego una dulzura muy grande, muy grande, una lexitud... Mi protector me ha dicho que ya sólo le quedan tres inyecciones. No sé qué quiere decir con esto. Luego me advirtió que para evitar que presenciara escenas como la de los hipopótamos me llevaría a una finca de su propiedad. Es un jardín hermoso, todo lleno de flores y árboles frutales. Una vez allí, me presentó a su secretario, llamado Adán, advirtiéndome que estaría bajo su vigilancia. Añan es como mi protector; pero en vez de tener la barba blanca, la tiene negra. También se diferencia en la piel, que no la tiene arrugada como mi protector. No lleva ropa ninguna y su cuerpo es como el mío, pero más fuerte. Además, las manzanas no las tiene donde yo. En suma: es un animal muy agradable a la vista. Al verme ha lanzado un gruñido de desagrado. Cuando mi protector se ha marchado, me dice que le está explotando y que le hace trabajar de sol a sol por la manutención. Añade que es vegetariano y que se acostaba a las ocho. Tiene feas costumbres, como la de rascarse la espalda contra la corteza de los árboles y la de roncar por la noche. Creo que no vamos a hacer buenas migas...”



a mi protector sobre todo esto, y con la voz ronca y balbuciente me ha dicho que soy muy pequeña aun para saberlo. Desde entonces le noto algo raro. A todo esto no he dicho aún quién es mi protector. Es la única persona que conozco desde que tengo uso de razón. Un viejecito con barba blanca que viene todos los días a verme y me trae bombones de chocolate. Me ha dicho que me llamo Eva, que me quiere mucho, que yo también tengo que quererle. Va siempre con un bastón y dice que cuando esté curado de no sé qué

“Día memorable para mí. Adán y yo hemos comido uvas, plátanos y miel. Hace un calor bochornoso. Yo estoy tumbada cara al cielo so-

bre el césped. Sobre mí veo un alto platanero cuajado del sabroso fruto. Adán, sentado cerca de mí, no dice ni palabra, como de costumbre. De pronto se levanta, sin que yo, sumida en dulce somnolencia, me dé cuenta. Me embriagan los perfumes de las flores; me adormecen los susurros del agua y el "cri, cri" de los grillos. Un hábito de vida se desprende de la tierra. Tengo sed. Sobre mi cabeza pende un plátano grande, apetitoso. ¿Cómo tan cerca de mí? Alargo mi mano y lo cojo golosamente. Pero, ¿qué ocurre? De pronto veo a Adán que cae sobre mí. ¿Qué hace? ¿Qué es esto? Un dolor intenso...; no, no es dolor; es una sensación que me da miedo. ¿Qué

será esto que noto? ¿Será malo? No... no es malo. ¡Es muy bueno! El cielo el platanero, todo gira a mi alrededor, y noto algo muy hondo dentro de mí, que me sume en la inconsciencia. Cuando vuelvo en mí, Adán, sentado a mi lado, lía un pitillo. Frente a nosotros, mi protector, furioso, grita: "¡Miserables, esta es la manera de agradecer mi protección! ¡Fuera, fuera de aquí! ¡Esas cosas las vais a hacer a la pajolera calle! ¡Miren la mosquita muerta! Yo que te hubiera tenido como una reina, y ahora, con el primer pelagatos... ¡Maldita sea!" Total, que nos han echado, con lo difícil que está ahora la vida. Adán está harto de buscar trabajo, pero

como no hay fábricas, la cosa está difícilísima."

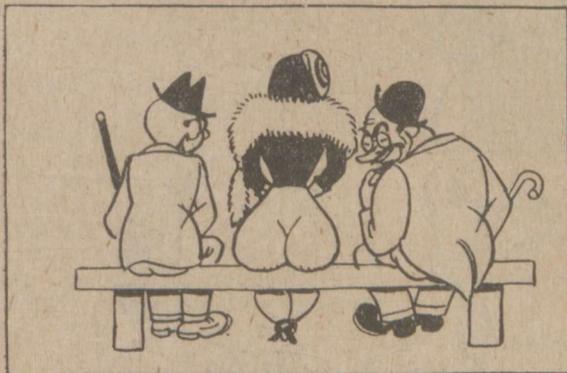
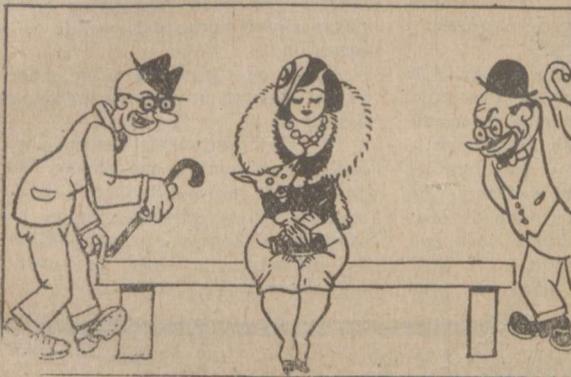
"Han puesto ángeles de asalto en el Edén. No nos dejaban entrar, pero voy yo sola, y los conenzo. Entro por la noche, y me traigo todas las frutas que quiero. No había otro remedio. Adán hace la vista gorda y se come las mejores."

"Vamos viviendo."  
Hasta aquí las Memorias. Siento mucho sacar a la luz las intimidades de esta señora, pero la verdad histórica así lo reclama.

Eros

### CORTESIA OBLIGADA

Historieta cubista..., por Méndez Alvarez



# COMO SE DESNUDAN LAS MUJERES

(Continuación.)

## LA CORISTA

Mal. De prisa, con desgana, sacándose las medias de un tirón, que es como se deforman; metiéndose el corpiño "de teatro" antes de que la falda de la calle haya resbalado sobre la "bajera" hasta el suelo; tapándose el descote, esmirriado u opulento, con la toalla de quitarse la pintura. Nunca se viste o se desnuda del todo... Por lo menos en el cuarto del teatro; en su casa no nos atrevemos a penetrar.

Al decir la "corista" nos referimos a aquellas heroínas zarzuelas de la época de "El rey que rabió".

Ahora disfrutamos la visión más agradable, más yanqui, de las señoritas del conjunto, después segundas tiples y hoy vicetiples.

## LA VICETIPLE

Casi acertaríamos, al decir que esta jovencita, víctima propiciatoria de los llamados concursos de belleza con vistas a Hollywood... o a la Kermesse de la Prosperidad, cuando entra en el teatro ya va medio desnuda.

Apenas entra en su cuarto—la

costumbre se torna ley—se saca el trajecillo por la cabeza, con la obligación—o necesidad—de quedarse rápidamente en cueros... para meterse en seguida esos cachitos de tela que los sastres de teatro llaman "vestidos fastuosos".

La ropa de escena así se exige. Porque con ponerse un sostén y un taparrabitos ya dicen los empresarios que están espléndidamente vestidas.

## LA SOR

La higiene parece estar en pugna con ciertas ideas. El desnudo es un pecado, y la sor, asustadiza, se quita la toca y el pechero almidonado y se saca las medias de lana ocultando las manos... y lo demás, bajo los sayales negros o grises, y se mete en su camita.

Pero... un antiguo alumno interno de la Beneficencia Provincial nos ha hecho confidencias interesantísimas, que deben de ser ciertas.

Por ellas sabemos que también una monja puede usar medias negras de seda, usar camisas finas de crepón y encaje y quitarse todo eso, después que los hábitos, en la intimidad nocturna del cuarto de guar-

dia. Y bajo la toca descubrir una melena bien recortada...

Es conveniente recordar que la primera mujer que se cortó el pelo "a lo garçon" y se afeitó la nuca fué una monja.

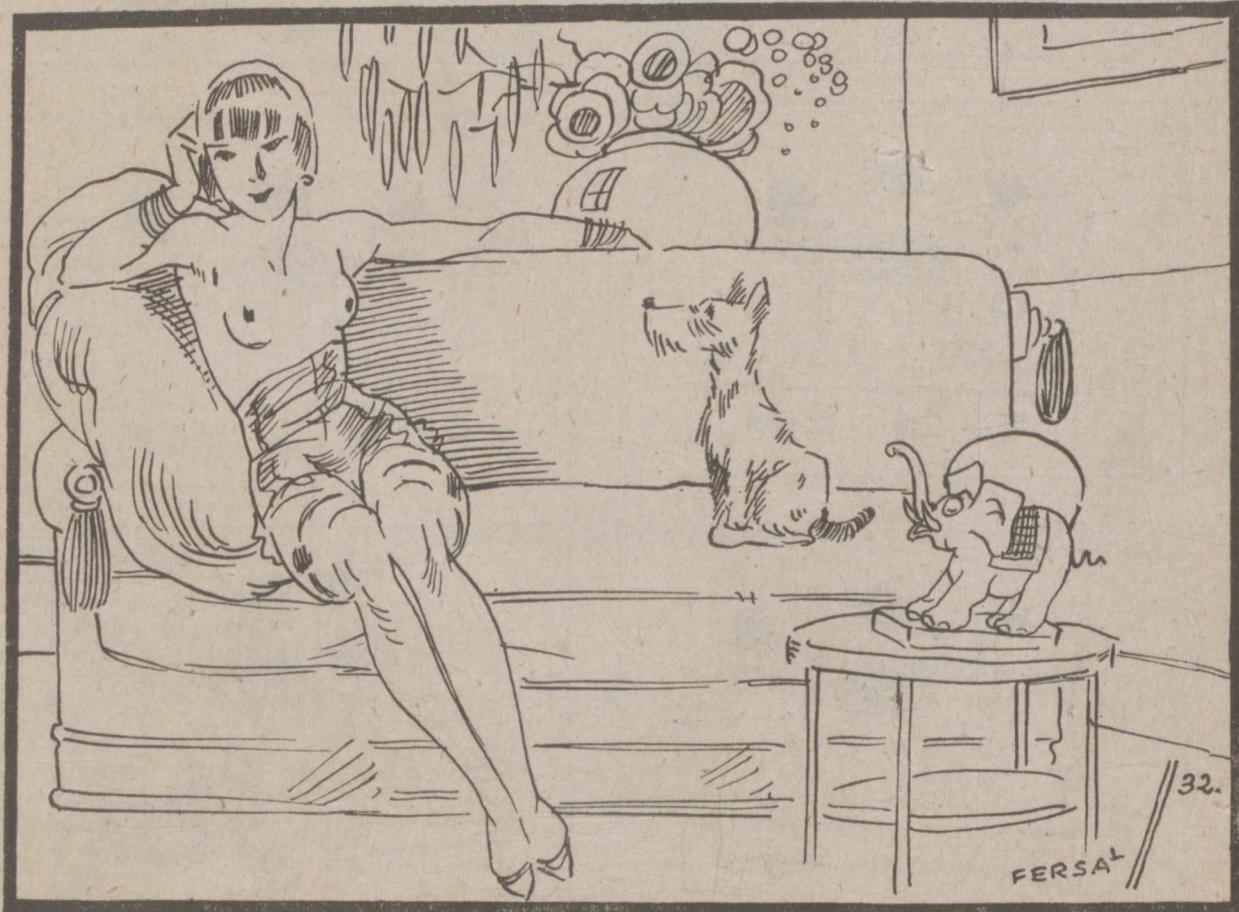
## LA SENORITA DEL CABARET

Esta se desnuda pronto. Y bien. Se ve que está acostumbrada. Mujer moderna, sabe que el tiempo es oro, y por eso suele vestirse trajecillos de una sola pieza, que en un momento determinado y de prisas, se sacan o se arrancan con cierta facilidad.

En el desnudarse de una señorita de cabaret no se hacen muchas escalas; el buen espectador puede pasar rápidamente del vestido a la camisilla.

Quizá al referirnos a la señorita del cabaret deberíamos establecer distingos.

1.º Hay tanguistas (es su nominativo infamante) que llevan lamparones de polvos de arroz en las mejillas, y se adivina que se han afeitado el cogote con una "Gillette" mellada..., y, claro, poco menos que aborrece uno el sexo.



—Si voy a buscarle y no le encuentro, tendré que venirme sola...

2.º Otras muchachas parecen elegidas de los dioses frívolos (también los hay; ya los diremos), y todas ellas son refrescos deliciosos y bombones riquísimos.

Es cierto que el cabaret ofrece a las mujeres un escaparate escandaloso. Por eso aparece en la sala del cabaret (que es, ni más ni menos, que una taberna de vanguardia) una pobrecita del apartado 1.º, suenan en la sala rechiflas, chistecitos crueles, ofertas de 3'50; pero a veces no falta un valeroso o un sentimental que piense en la tragedia de la pobre cursi y fracasada y la invite a sidra y a cama de dos pesetas hora.

En cambio, la aparición de la elegida es bien distinta. La saluda la orquesta, acuden a su encuentro los vencejos y los gorriones (vencejo: hombre de cuarenta años; gorrion: muchacho de veinte primaveras, completamente *primavera*).

A esta muchacha, casi siempre, la aguarda en casa otro pájaro: el palomo, que es el chulo.

El *maitre* se le acerca susurrón y cobista:

—Muy bella hoy, señorita Fru-frú. En el palco uno la espera el marqués de la Ganzúa Real... ¿Pomery? —Cordon Rouge, media.

Sí, sí. La señorita del cabaret está muy acostumbrada a desnudarse.

#### LA NERVIOSA

A trompicones. Tanta prisa le corre acabar, que sus dedos se enredan en los ojales, y a veces tiene que romperlo todo.

También se la conoce por otro nombre: ansiosa, y pertenece a esa clase de mujeres a la que los novios hablan así:

—Vamos, nena; no seas loca.

Pero ella, en ese reproche cariñoso encuentra un incentivo más. De una refriega amorosa con una señora impaciente se sale con la cara como si le hubiesen salido a uno viruelas, y ha sido a fuerza de mordiscos.

Del cuerpo no hablemos.

Por si acaso, no te recomendamos esta clase de mujeres, lector. Con el tiempo, y aun sin el tiempo, vienen los ataques de histerismo, y los besos mordientes se convierten... en platos estrellados contra la cabeza.

Conque... ¡ojó, amigos! Cuando se os presente una mujer nerviosa, hacédle la señal del diablo y cambrad de camino.

Yo, una vez, fui débil y asequible con una mujer nerviosa, y desde entonces conservo una cicatriz en la mejilla derecha... y fué de una mordedura que me dió su simpática mamá. Nerviosa y, además, con madre... ¡Horror!

EDUARDO M. DEL PORTILLO  
(Continuará.)



#### Puestos a pedir...

En un pueblo, por la feria, pusieron, con mucha pompa, un gran puesto en el que había muñecos, aros, pelotas, peones, soldados, pitos, relojes, toros, zambombas, coches, caballos, guitarras y otra infinidad de cosas, las cuales iban rifando a los chicos, que en sus glorias, cogían las papeletas ansiosos de buena sombra. A este gran puesto el tío Rufo se acercó en tono de broma, mas al ver el entusiasmo de los chicos, se acalora, y él también echa una perra por si algo de allí le toca. —¡Qué va a salir!—dice un homdando vueltas a las bolas. [bre.

—¡A mí que me toque un carro!  
—grita un chico.

—¡A mí una gorra!  
—¡Que me toquen los soldados!  
—¡A mí aquellas dos zambombas!  
Entusiasmado el tío Rufo, al oír pedir en tal forma, cree ser igual que los niños y a gritos, con voz chillona:  
—¡A mí—dice dando saltos— que me toquen las pelotas!

ANGEL PALÁNQUEX



Una escena erótica entre el rey Luis XVI y cierta marquesa, en la que tercia un abate purpurado

El Rey.—Decidme, eminencia, ¿quién es esa joven tan bella que acompaña el marqués de le Coquin?  
 Abate.—Su esposa, monseñor.  
 Rey.—¿Se ha casado el marqués?  
 Abate.—¿No recordáis, señor, que el marqués vino ya casado de Cuba?  
 Rey.—¡Ah! Es un pillastre ese marqués; fué a Cuba casi arruinado, y regresa de allí rico y con mujer joven y bella. Pero no está bien que su señor aparezca ignorante de tan sugestivo suceso a los ojos de su corte. Podéis servirme en este trance, eminencia.  
 Abate.—Como mandéis, monseñor.  
*(Una pausa breve, durante la cual los ojos enrojecidos del monarca se clavan como garfios en las*

*carnes sonrosadas de la joven marquesa de le Coquin.)*  
 Rey.—Vos, eminencia, disimuladamente acercaos al grupo que rodea al viejo marqués, y hábilmente procurad apartar de él a su esposa. Me gustaría conocerla...  
 Abate.—Bien. ¿Y después?  
 Rey.—Yo os espero en el templete de Venus.

*(El Abate purpurado se dirige al grupo para cumplir el mandato de su rey. Entretanto, Luis XVI,*

*Marquesa.—(Al Abate. Gozosa.) ¿Decís que el Rey quiere conocerme?*  
 Abate.—Ciertamente.  
 Marquesa.—¿Os parece que le diga a mi marido?...  
 Abate.—¡Oh! No le digáis nada a vuestro marido. No hace falta.  
*(Los violines embrujan el misterio de las arboledas.)*  
 Abate.—Entrad. Ahí dentro os aguarda el Rey.  
*(Luis XVI sale hasta el umbral, toma la mano joven de la marquesa, que besa ceremoniosamente, y la*

*Abate.—Soy vuestro servidor. Y permitidme que busque al marqués para llevármelo hacia la fiesta.*  
 Rey.—Sí, hijo, si; vete ya.  
*(Una genuflexión del purpurado y mutis en seguida, porque ya está estorbando hace un rato.)*

Rey.—*(Asombrado.)*  
 Pero si yo no tengo bigote.  
 Marquesa.—*(Riendo.)*  
 Es verdad. ¡Qué tonta soy!  
 Rey.—Convenceos. *(La besa otra vez.)*  
 Marquesa.—Es verdad. Tienes la boca fresca y suave como el pulmón de un cisne.



—Vivir sola es un aburrimiento. Y con una sola minina, más aburrido todavía.



—Pero, chica; esto es un atraco a mis economías físicas. Eres... muy malgastadora.  
 —Y tú muy... económico.

*sin dejar de volver la cabeza y mirar para atrás, encaminase hacia el templete. La Corte de Versailles resplandece con las joyas de las mujeres más que con las luces de la grandiosa iluminación.*  
*Sin embargo, aun queda un rincón obscuro en los jardines.)*

*mete dentro. Antes sonríe al Abate, le da una palmadita en el hombro y le dice al Abate arzobispo subrayando mucho la palabra.)*  
 Rey.—No dejes de verme mañana... y gracias, cardenal.  
*(El Abate se inclina, hecho pura jaleca, y promete fielmente.)*



EL GORDO.—Con razón me decía tu madre: "¡Mire que se la va a cargar! ¡Mire que se la va a cargar!"

Rey.—Sentaos, marquesa. Estáis temblando...  
 Marquesa.—Yo, señor, claro...  
 Rey.—No seáis niña, y tened tranquilidad.  
 Marquesa.—Si vos me lo mandáis...  
 Rey.—Sí; lo mando. *(Con dulzura. Le besa la mano.)*  
 Marquesa.—¡Ah... señor!  
 Rey.—¿Qué os pasa?  
 Marquesa.—Nada... que me habéis hecho cosquillas con el bigote.

Rey.—¿Cómo? ¿Le habéis palpado el pulmón a algún cisne?  
 Marquesa.—En los jardines de mi palacio los hay.  
 Rey.—¿Vuestro marido es rico?  
 Marquesa.—Inmensamente.  
 Rey.—¿Os ama?  
 Marquesa.—Mucho.  
 Rey.—Pero no es joven.  
 Marquesa.—*(Con tristeza.)* No; eso no.  
 Rey.—Echaréis de menos el amor.



—Trátame con cariño, Felipe.

Marquesa.—*(Ingenua.)* ¿Qué es el amor?  
 Rey.—El amor es un deseo fuerte que electriza a un hombre y a una mujer cuando son jóvenes. El amor es violento y no hace daño, muerde y parece suave como una caricia. El amor es duro.  
 Marquesa.—¿Duro? Entonces mi marido no me tiene amor.  
 Rey.—¿Y vos a él?  
 Marquesa.—No sé.  
 Rey.—¿No sabéis? Escuchadme. ¿Os gustaría sentiros besada por un hombre más joven que vuestro marido?...  
 Marquesa.—*(Sonríe, pero no contesta.)*

Rey.—Así, como yo os beso. *(Lo hace con sentimiento, succionándola.)*  
¿Os gusta?...*(Silencio.)* ¿No me contestáis?

Marquesa.—Pero, ¿no os he contestado ya?

Rey.—*(Sonriendo.)* Tenéis razón.

Marquesa.—Sí me gusta.

Rey.—¿Os trata así vuestro marido?

Marquesa.—No.

Rey.—¿No os distraéis con vuestro marido?

Marquesa.—¡Pchs! Jugamos algunas veces.

Rey.—¿Cuáles son vuestros juegos?

Marquesa.—Tenemos una gatita preciosa y...

Rey.—Luego os entretenéis con la minina.

Marquesa.—Sí. Es pequeñita, y yo, la verdad, no me divierto.

Rey.—*(Aparentando que cambia de conversación.)* Tenéis una piel que parece de raso, y vuestras mejillas son de pétalos de rosa... en cambio vuestros labios son como tiznes encendidos... *(La besa fuertemente, como un carretero; en este instante el Rey y el soldado machos son igualmente brutos.)*

Marquesa.—Por Dios, que me abrasáis.

Rey.—Abrasado estoy desde que os vi.

Marquesa.—Dejadme que me refresque.

Rey.—¡Oh, no! Si yo me abraso, justo es que os calentéis vos también, marquesa.

Marquesa.—Espacio, espacio, señor. Calma.

Rey.—¿Qué calma ni qué!... A mí las cosas me gustan en caliente.

Marquesa.—Pero aquí...

Rey.—Bien; como gustéis. Iremos al templete de Adonis.

Marquesa.—¿De Adonis?

Rey.—Sí, marquesa. Este en que estamos es el de Venus. Allí, en el de Adonis, hay una estatuilla que tiene un palmo.

Marquesa.—¿Un palmo, decís? Me gustaría verla.

Rey.—Pues vamos allá.

*(Al salir del templete de Venus, Luis XVI saca la cajita del rapé y la ofrece a la marquesa.)*

Marquesa.—¿Qué, monseñor?

Rey.—¿Un polvito?

Marquesa.—Esperad, señor; en el templete...

*(Entre el follaje se oyen rumores. El Rey sonríe.)*

Marquesa.—¿Qué ruido es ese que se oye entre las hojas?

Rey.—Rumores del follaje, marquesa.

*(Caminan enlazados por las respectivas cinturas. La noche es espléndida. Las estrellas del cielo rutilan. El Rey se siente poético.)*

Rey.—Marquesa, voy a mirar las estrellas reflejarse en vuestras pupilas.

Marquesa.—Me venceréis.

Rey.—Bueno. Os venceré tres veces.

*(Entran, al fin, en el templete.)*

Rey.—*(Ya más nervioso que un huevo moles.)* ¿Cómo te llamas, chata?

Marquesa.—Consuelo, monseñor.

Rey.—No me llames ahora monseñor. Ven acá. Mé gusta que se me muerda en el lóbulo de la oreja derecha.

Marquesa.—¿Así?

Rey.—Qué rica eres.

Marquesa.—Y tú.

Rey.—¡Chata!

Marquesa.—¿Luisazo!

Rey.—¿Por qué me llamas Luisazo?

Marquesa.—Porque sí... porque eres Luisazo.

*(Continúan los rumores de la hojarasca. En aquella Corte de Versailles, el jardín tupido siempre estaba verde de follaje.)*

\*\*\*

*(Pasa un rato. Alguien ronda por las alamedas. Los violines... bueno; ya se sabe lo que hacen los violines en este caso: lo que hacen siempre, rascar. Algunas veces maullan y otras hacen dormir a los oyentes. Esta vez nos distraen un poco, y al cabo de cierto tiempo se oye una voz ya conocida.)*

Abate.—Mirad, marqués, qué suerte la vuestra.

Marqués.—¿Cuál?

Abate.—El rey con vuestra esposa.

Marqués.—¿El rey con mi mujer?

Abate.—Os veo de embajador en Roma.

Marqués.—¿De embajador decís?

Rey.—Me contó vuestra esposa la feliz historia. Ya podéis estar contento de tener por mujer a esta joya.

Marqués.—Es verdad, señor; es una joya. A mí me emboba, me tiene hecho almíbar; si vierais cómo chocheo por ella...

*(El Rey hace un ademán de despedida.)*

Rey.—Venid a cuantas fiestas se den en mi palacio.

Marqués.—Honradísimo, señor.

Rey.—Y que traigas a tu mujer.

Marqués.—Señor, señor, mirad qué alegría le habéis dado a mi esposa con vuestra invitación; mirad como me la habéis puesto...

TELON



—No comprendo cómo haya hombres vegetarianos.



LA MODELO.—¿Por qué se empañará el pintor en colocarme en esta postura? ¡Con la facilidad que se hacen otras!



¡Miradla! ¡Pobrecilla! Su marido es tan malgastador que la ha dejado sin camisa. ¿Quieren que le echemos un guante?

**Papeles de un suicida**

“Si hay algo peor que el cólera muermo, ese algo es mi suegra.”—Anastasio Porrón de la Cuba.  
VENDEDOR DE LA CHALA.

Con la mano puesta ya, no encima del corazón, sino, a ser preciso, sobre un hornillo eléctrico, os juro que si existe algo más veraz que la vuelta al toreo de Juanillo Terremoto, como le llamamos los que, sin conocerlo, nos tomamos esta inocente confianza, es esta trágica historia del no menos trágico e idiota fin de un probo funcionario.

Y pese a haber sido encontrados en el fondo de una bañera, con más solemnidad que antes si cabe, afirmo, para deshacer suspicacias, que estos “Papeles de un Suicida” no son, no han sido nunca papeles mojados.

Hechas estas aclaraciones, que creía ineludibles, entre varias razones, por llenar unas líneas—¡oh el poder del tanto por renglón!—, comienzo a copiar:

“Tengo 40 años. Quince hace que me casé. Olvidé por completo ya lo que es una camisa limpia cada semana y en dónde debe sacarse la raya a los pantalones.

Tomó, sin repugnarme, aguas minerales a todas las comidas; aguantó impávido una audición de radio; oigo, sin alterarme en lo más mínimo, discutir sobre el resultado del partido último o de la “estocá” de “El Niño de la Tasca de ahí a la Esquina.”

Ni aun la faja de goma que retiene mi vientre, que pugna por crecer con la celeridad de esos niños de entrega, a quienes vemos dejar el chupón para agarrar un purazo de esos y echar humo por las narices y todo, con sólo decir el autor el consabido: “Han pasado X años”.

¿Podría ser feliz, verdad? ¡Pues no lo soy! ¿A quién se le ocurriría inventar las suegras? ¿Comprendéis mi desgracia?...  
... ..

Ella tiene 79 años, un humor inaguantable y un ataque de gota que, por lo fuerte, ya no es gota, sino el Niágara.

Con la edad, la experiencia ha refinado de tal modo sus procedimientos persecutorios para conmigo, que los tormentos de la Inquisición tardarán poco en parecerme un cuento de niños, y Torquemada más ingenuo que Lerroux cuando sueña en el Poder.

He llegado a odiarla tanto, que ya he pensado seriamente más de una vez sacarle los ganglios linfáticos con una estilográfica, y hacer de su estómago una pelota...

¡Lo que el chut no lo iban a parar catorce Zamoras!  
... ..

Pérez, mi compañero de oficina, nos ha contado hoy un apólogo...

“Había un rey a quien se le moría un hijo. Consultó a los más famosos doctores, y nadie acertó el remedio para tan extraña enfermedad, y cuando ya se resignaban a perder el niño, un anciano llegó a Palacio con el remedio. Bastaban tres pelos de la suegra del hombre más feliz del reino para sanar al príncipe. Salieron emisarios para todas partes del territorio. Encontraron, al fin, el hombre que buscaban, y al pedirle los pelos indispensables oyeron, con la natural desesperación, que era... ¡soltero!”

¡Si no podía ser otra cosa!  
... ..

Como he podido me he escabullido de casa, no sin antes haberme zafado del golpe de la gramola, que con una galantería de lo más versallesco habíame arrojado mi suegra, con la inocente intención de abrimme la cabeza.

Me esperaban López y Pérez, que se empeñó que esta tarde habíamos de tirar una canita al aire.

López y yo tendremos que echarnos a suerte a ver quién le presta a Pérez la cana de referencia, pues con su calvicie total...

Lo hemos pasado bien. ¡Este diablo de Pérez tiene unas amiguitas! Aquella rubia... Pues la morena... ¡Arrea, que la castaña!... ¡Me siento de lo más árabe! ¡Qué feliz debe ser Pérez!... Porque Pérez es, además, ¡¡soltero!!...  
... ..

López se nos puso más pesado que Albiñana cuando se siente musulinesco.

No hemos tenido más remedio que subir al gabinete del Fakir Kam-Helo.

El Fakir nos recibe con un “Zalú haiga”, que me hace dudar de su autenticidad. Pero, en cambio, cuando frente a Pérez le ha dicho sin vacilar el color de su corbata con sólo mirarla, no he tenido más remedio que rendirme a la evidencia.

¡Ah, qué sorprendente poder de adivinación!  
... ..

Me toca a mí el turno. Kam-Helo me mira, y como me pudo pregonar por mi señora, me espeta sin vacilar:

—Caballero, vivirá usted veinte años más.

Aun no repuesto de la sorpresa, inquiero tembloroso: ¿Y mi suegra?...  
... ..

El Fakir se torna pálido, retrocede, bufa, escarba en la alfombra con las manos, da un salto mortal, rompe un bastonero, tateara un fandanguillo, y, al final, con voz ceremoniosa y grave, exclama: ¡Diez más que usted!  
... ..

De no ser porque me recogieron en el aire, seguro que estropeo el piso.  
... ..

Esta mañana, después de golpearme el epigastrio con un encendedor automático, me ha mandado a la oficina sin desayunarme.

¡Ea, no aguanto más; voy a vengarme!  
... ..

No he olvidado ningún detalle. Casi puedo asegurar que soy feliz sólo al pensar que voy a llevarme conmigo veinte años de su vida... ¡Qué placer la venganza!

Insulto su retrato por última vez. ¡Animo!

¡Voy a ser feliz!...  
... ..

Al día siguiente, en toda la Prensa: “Ayer puso fin a su vida el probo funcionario don Crótido Pelández...”

P. AREPLA

El teatro galante

Escándalo en un camerino

En el teatro X de la calle W se armó ayer un regular escándalo, producido por un señor de traje gris, que resultó ser el marido de la primera tiple.

Serían las cinco y siete minutos de la tarde de ayer cuando los artistas de diferentes sexos del populárrimo teatro abandonaron éste porque había terminado el ensayo y no tenían función hasta las siete crepusculares.

El teatro se quedó solo y en penumbra.

Al poco rato empezó a mayar un gato en los telares, señal de que el silencio era absoluto por haberse ido las vicetiples y se oía "hasta el maullar de un gato", que dijo un novelista de folletín.

Algo se removió entonces en la obscuridad. (Esto de ver en la obscuridad es privilegio de los gatos y de los reporteros.) De un montón de alfombras salió un hombre, que con toda cautela se encaminó a uno de los camerinos, el señalado con el número 3. Llamó con los nudillos, y la puerta se abrió silenciosamente, dejando ver el interior de la habitación, que estaba a oscuras.

La puerta se volvió a cerrar, empujada por una mano invisible.

Pocos minutos habrían transcurrido cuando otra figura salió de una habitación excusada que tiene las iniciales W. C., y se acercó a la puerta, poco antes cerrada tras el misterioso personaje del montón de alfombras.

El nuevo individuo llamó con los nudillos, sin que le respondiera nadie.

Volvió a llamar, y nada.

Insistió, y como si no.

Empezó a ponerse nervioso, y que si quieres.

Dijo en voz baja:

—Abre, Paca.

Luego, más alto:

—Abre, Paca, mujer.

Impaciente gritó:

—¡Abre... moño!

Dentro gimió una voz:

—¡Mi marido!

Y otra voz:

—¡No abras!

Afuera dijo la sombra irritada:

—¡Abre, abre, abre, Paca!

La de dentro imploraba:

—¡No abras!

Y así hasta el escándalo.

A los gritos acudió el conserje; luego el jefe del personal, que fué a llamar a los guardias.

Como empezaban a llegar los otros artistas, se formaron corros, se hicieron preguntas; los guardias echaron abajo la puerta.

Dentro del camerino se encontró abrazados al hombre de las alfom-



—Yo sé que tienes otra.  
—Si; pero ya ves que me vengo contigo...

bras, que era el representante de la Empresa, y a la tiple ligera... ligerísima de ropa.

—¡No me mates!

—¡Perdón! Yo le explicaré.

El marido la regañó al oído:

—Estúpida, más que estúpida. Si yo lo que quería era coger mi sombrero...



Páginas muy líricas

LA CAMA

(Para una antología)

Hacemos honor a una de las mayores conquistas del socialismo universal: la jornada de ocho horas, que ahora pretenden que sea de cinco. ¡Trabajadores que son ellos!

La jornada de ocho horas es realmente una cosa justa y equitativa: ocho horas para el trabajo; ocho para el estudio o para la distracción y las ocho restantes para la cama, con o sin. Con sueño o sin él.

Ocho horas—mínimo—en la cama. Pongamos que para dormir. Ocho horas en postura horizontal fundamentan una buena salud, una energía siempre erecta y una mente despejada.

\*\*\*

La cama debe frecuentarse como un rito, con cierta gravedad sacerdotal, porque disfruta condición de altar, y sobre ella se realizan las tres razones en que se basa la vida: nacer, amar y morir.

Claro que no faltarán burlones que dirán que se puede nacer en la plataforma de un tranvía o en el interior de un taxi; que se ama sobre la hierba de un parque o se muere estrellado en un accidente de aviación. No importa. Se nace, se ama, o se abandona la vida en la cama, dulce compañera de la existencia, y, sin embargo, no recuerdo se haya escrito el poema ni labrado la piedra que perennice la única cosa universal y querida de la tierra: el lecho. El lecho, que hasta hace iguales al hombre y al animal, aunque también el hombre es un animal de la peor especie.

Pasarán las generaciones, y la cama—goce del varón, goce y tortura de la hembra—subsistirá.

Subsistirá el lecho para el pájaro, para el pez, para el río.

Yo enseñaré a mi hijo el amor y el respeto a la cama:

—Hijo mío—le diré parados frente al escaparate de algún almacén de camas—, descúbrete, pues estás frente a un monumento semejante a las Pirámides, donde nació—según dicen, pero no lo creas demasiado— una humanidad mejor.

La cama es cumbre digna de Rodín y de Lacroix; la cama—hijo mío—es el más grande monumento de todas las civilizaciones.

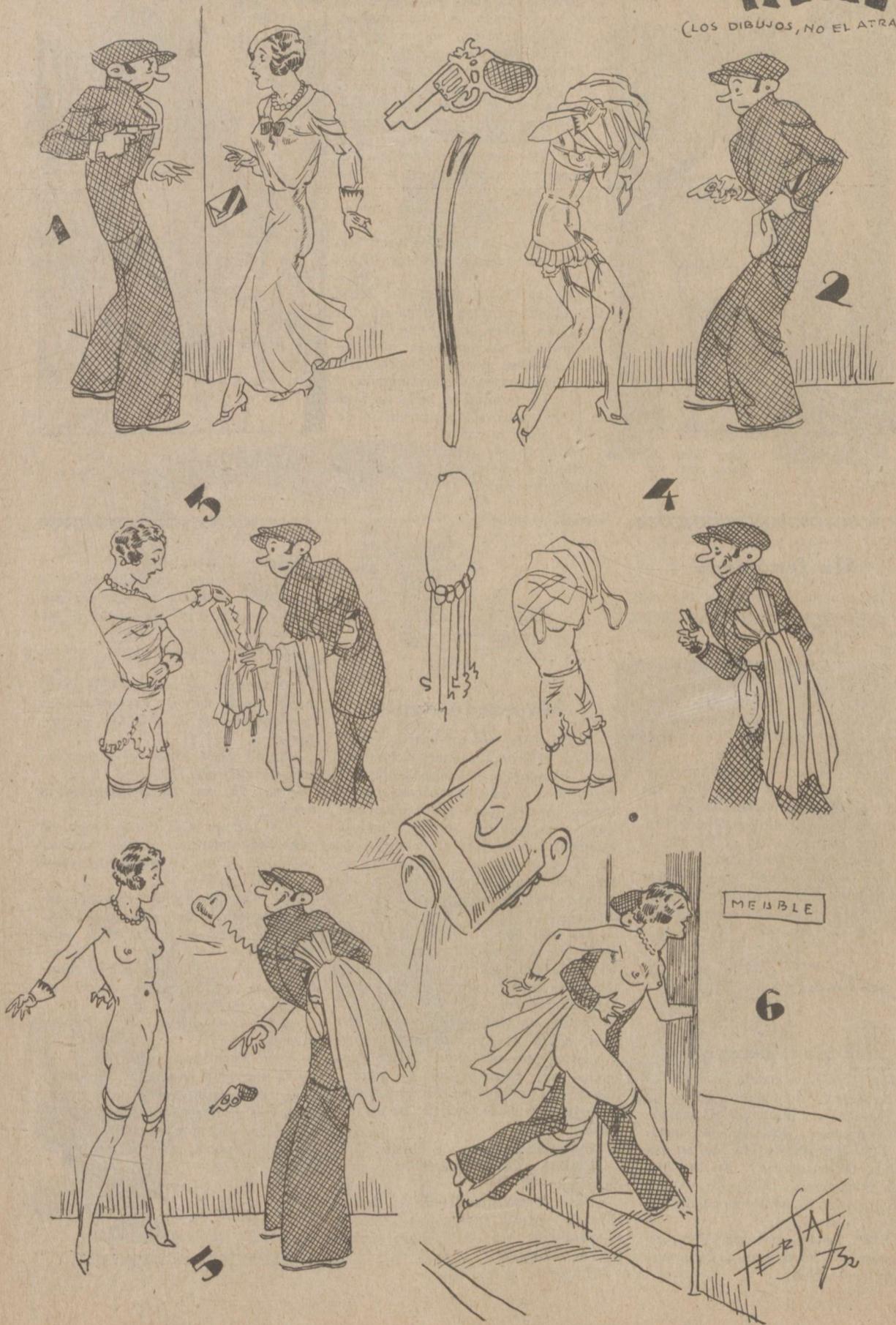
La preocupación de la máxima civilización es la de crear el mejor lecho.

Reune tus ahorros, criatura hecha sobre una cama, para que una de ellas sea el mejor mueble de tu casa.

MATEO

# UN ATRACO A MANO ARMADA POR FERSAL

(LOS DIBUJOS, NO EL ATRACO)





# GRACIA DE LOS DEMAS

CUIDANDO EL DETALLE

JUSTA ALARMA



EL ESPOSO.—¡No! ¡Por ahí, no! ¡No le basta con traicionarme? ¡Ahora quiere hacerlo público paseándose por los techos de los vecinos?...



El.—¡Mira lo que dice aquí! ¡Otro marido que ha matado a su esposa adúltera!...

Ella.—¡Jesús del cielo! ¡Y qué se han propuesto los hombres? ¡Despoblar el mundo?...



—¡Mi adorada! Recordaré este día como aquél que clavó una pica en Flandes.

—¡Y no tiene otra de repuesto?

EL CARCAJ AGOTADO



—¡Para un vestido de entrecasa me parece un poco frágil, querida!

—¡No es nada! ¡Siempre tendré necesidad de sacármelo cuando recibo!...



Ella.—De modo que... ¡nada más?

El.—Recuerda aquella frase que dice: "El ideal no se alcanza más que una sola vez".

